Núm. 38.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

LAS PELUCAS DE LAS DAMAS.

POR D. LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PARA NUEVE PERSONAS.

Doña Florentina, vana y calavera.
D. Cándido Gurrumino.
Gregorio, maestro peluquero.
Borrasca, su oficial.
D. Pablo, hermano de Doña Florentina.
La Baronesa.
Doña Dolores.
Doña Rita. Tomasa, criada.

Salon con gabinete en el foro, sillas, una mesa con candeleros, á los que está poniendo papeles y velas Tomasa.

Tom. YA han dado las siete y quarto;
vamos poniendo á la vela
los candeleros, en tanto
que mi ama se confiesa
con el espejo. *Dentro Flor.* ¿Tomasa?
Tom. ¿Qué le faltará?
Flor. ¿Sirvienta?
Tom. Por mis pecados.
Flor. ¿Muchacha? *Tom.* Quando lo era.
Flor. ¿Doncella?
Tom. Así me llamo. ¿Señora?
Flor. ¡Señora! maldita seas.
Sale Flora sumamente petimetra con gorra en la cabeza.
Tom. ¿Qué quiere usted?
Flor. ¿Y tu amo? *Tom.* No ha venido.
Flor. ¡Qué paciencia!
Tom. Ya que se fue seis minutos.
Flor. Yo ando en ellos doce leguas.
Tom. Con el pensamiento.
Flor. ¡Qué hombre!
Tom. Sin motivo usted se queja:
¿no se fue á medio vestir?
Flor. Porque le eché una pendencia.
Tom. Si fuese otro::- *Flor.* Ya no lo es.
Si una peluca no encuentra
á mi gusto, esta es la noche
de Tolon en casa. *Tom.* Sea
en hora buena. *Flor.* De todo
tengo de hacer una hoguera.
Tom. Y despues, como otra Dido,
se arrojará usted en ella.
Flor. Sino viene la peluca
Tom. Yo me encargo de echar leña.
Flor. Y me harás un gran favor,
porque así saldré de penas.
¡Por vida de los demonios!
Tom. ¡Cómo el alma taconea!
Flor. ¡Qué desgracia de muger!
¡para una funcion como esta
no encontrar una peluca
de última moda! ¡Buena,
buena fama cobraré,
si viene la Baronesa
al refresco de esta noche,
que todo lo fisgonea!
Tom. Como se viste en París,
todas las modas desprecia.
Flor. ¡Por lo mismo estoy volada!
¡qué me importará que pueda

hacer alarde que llevo
el corpiño á la efigenia,
la basquiña á lo fantasma,
la mantilla á lo lucrecia,
zapato á la corneliana,
á lo bruto la peyneta,
y á lo telégrafo el chal,
si me falta, ¡dura pena!
lo mejor, que es la peluca
á la caracalla! *Tom.* ¡Fiera
desgracia! *Flor.* ¿Me compadeces?
¡Ay, que han llamado á la puerta!
anda á abrir: el corazon
me anuncia felices nuevas.
¿Viene, viene la peluca?
Tom. Si no llamaban. *Flor.* ¡Oh pena
sin igual! ¿Y ahora han llamado?
Tom. Ahora sí: pero, ¡ay mi pierna!
Flor. ¿Pues qué te ha dado?
Tom. Calambre.
Flor. ¡Todo se vuelven tragedias! *vase.*
Tom. Abre tú, que ya estoy harta
de aguantar impertinencias.
Sale Flor. ¡Esto no puede sufrirse!
yo me voy á ahorcar.
Tom. ¿Quién era?
Flor. Las Capuchinas de Pinto. *vase.*
Tom. Buen quid pro quo. ¡Que cabeza
para un empedrado! es de
sentir no hagan uso de ella:
mas voy á encender las luces,
por si la funcion se empieza.
Sale D. Cándido de militar á medio vestir con dos pelucas en la mano sin poder echar el aliento, con media negra en una pierna, y en la otra calceta, sin chupa, sin corbatin &c.
Cánd. ¿Florentina? ¿Florentina?
sal al momento acá fuera,
que ya te encontré pelucas:
¿y qué pelucas?
Sale Flor. ¿A verlas?
Cánd. Espera que traigan luces.
Flor. Una bugía.
Cánd. ¡Si vieras los pasos que me han
costado!
Primeramente. *Flor.* Una vela.
Cánd. Entré en la peluquería
del Rastro. *Flor.* ¿Qué dices, bestia?
Cánd. Que entré en la peluquería,
donde dicen que se peynan
la requa de currutacos
que lleva el pelo en guedejas
como los carneros. *Flor.* ¡Calla!
Cánd. Despues estuve en la puerta
de los Pozos.
Flor. Calla, digo.
Cánd. Desde allí fuí á la carrera
de San Gerónimo. *Flor.* Y luego
al infierno. *Cánd.* No lo yerras,
pues he venido á mi casa.
Flor. ¡Qué hombre!
Cánd. Si yo lo fuera,
no galleara mi muger
de la suerte que gallea.
Flor. Luces, ¡con dos mil demonios!
Sale Tomasa con luces.
Tom. Aquí están, señora. *Flor.* Llega
esas bugías. *Cánd.* ¿Te gustan?
Flor. Como no las veo puestas.
Cánd. Yo te serviré de molde:
pónmelas. ¡Qué tal me sientan!
con ellas pareceré
un tirano de tragedia.
Flor. No me disgusta del todo.
¿Qué es lo que piden por esta?
Cánd. ¿Por la mas rubia? cien reales.
Flor. ¡Malo! ¿y por esta otra?
Cánd. Ochenta.
Flor. ¡Peor! ¿cómo las has pedido?
Cánd. A la zaragalla. *Flor.* ¡Bestia!
á la caracalla. *Cánd.* Voto á
sanes: por eso en la tienda
hacian burla de mí.
Flor. Bárbaro, animal::-
Cánd. No seas
así; yo pongo los medios,
si no se logran, paciencia.
Flor. ¡Qué bruto!
Cánd. Como no riñas,
seré todo quanto quieras.
Flor. Quiero reñir.
Cánd. Pues bien, riñe.
Flor. Quiero patear. *Cánd.* Patea.
Y si todo esto no basta,
cáscame. *Flor.* No me lo vuelvas
á decir. *Cánd.* Cáscame, digo.
¡El cariño no te dexa!

Flor. ¡Por los gustos que me das!
Cánd. ¿No he ido de tienda en tienda
á buscar la zaragalla
á medio vestir? ¡Si vieras
como me han silbado al verme
los muchachos de la escuela!
¡Ha sido un toreo! *Flor.* Vaya,
¿y no has traido mas que estas?
Cá. Ahora vendrá el que las vende. *vase.*
Flor. Son rubias, están bien hechas;
pero las dan tan baratas,
que es imposible que sean
de Francia. *Tom.* ¿Y eso qué importa,
si dice usted que son buenas?
Flor. En no siendo de París,
no hay cosa alguna perfecta.
Sale Cándido con Gregorio el peluquero,
que trae mas pelucas.
Cánd. Vamos, entre usted.
Flor. ¡Qué fachada
de mozo de esquina! Lleva
esa luz al gabinete.
Greg. Estas están mejor hechas.
Tom. Pida usted mas, que esas otras
A Gregorio aparte.
por baratas las desprecia.
Flor. ¿A ver esta? no está mala:
¿qué vale? *Greg.* Treinta pesetas.
Flor. ¿Quántos duros hacen? *Greg.* Seis.
Flor. Tampoco puede ser buena.
Cánd. Pida usted mas. *A Greg. aparte.*
Flor. ¿Y esa otra?
Greg. Esta, señora, es de media
onza. *Flor.* ¿Es de la caracalla?
¿es de la remesa nueva
que ha venido de París?
Greg. No señora, que está hecha
en Madrid, y por mis manos.
Flor. Tome usted luego la puerta,
que un artífice español
no puede hacer cosa buena.
Cánd. Pero muger::-
Flor. No las quiero:
¡que este chasco me suceda!
Pícaro, bribon, canalla,
¿qué te dixe que pidieras?
Cánd. Pelucas de última moda.
Greg. ¿Acaso no lo son estas?
Flor. ¿Cómo se llaman? *Greg.* Pelucas.
Flor. Un niño no lo dixera.
Bien haya los extrangeros,
que siempre siguen la regla
del italiano, *per tropo*
variar natura, é bella.
Variedad siempre en los nombres,
y así las cosas se aprecian.
¡Qué nombres tan halagüeños
los extrangeros no inventan!
Color de suspiro ardiente,
olor de esencia de estrella,
espíritu de ayre frio.
Greg. Y albardas á la francesa,
para aquellos españoles
que piensan de esa manera.
Flor. ¡Tras chapucero, mordaz!
Ya han dado las siete y media;
si á las ocho no está en casa
lo que tanto me interesa,
te condeno á quatro meses
de divorcio. *Cánd.* Considera,
que yo no tengo la culpa.
Flor. Ya está dada la sentencia. *vase.*
Cánd. Y lo hará como lo dice. *Llorando.*
Greg. Y por esa friolera
llora usted. *Cánd.* Si mi muger
no me quiere. *Greg.* Se remedia.
Cánd. ¿De qué modo?
Greg. Con un palo.
Cánd. ¿Si le duele?
Greg. Que le duela.
Cánd. Yo no le llego á la ropa,
aunque me haga mil ofensas.
Greg. Pensando así, no es extraño
que esté armado de paciencia.
Cánd. ¿Si usted supiera sus gracias?
á no ser que es muy soberbia,
muy tarambana, y muy loca,
seguro está que tuviera
conmigo, ni un sí, ni un no.
Greg. Eso es verdad. ¡Qué babieca!
Cand. ¿Dónde vas?
Sale Tomasa corriendo.
Tom. Por el sucino.
Cánd. Ya le dió la pataleta.
¡Pobrecita de mi alma!
¿pero, díme, se aporrea?
Tom. Se tumbó en el canapé
para estar con conveniencia. *vase.*

Cánd. Del mal el menos.
Greg. ¡Qué pronto
la haria yo que volviera!
Cánd. ¿Y con qué?
Greg. Con el garrote.
Cánd. Eso es de gente plebeya. *vase.*
Greg. Lo cierto es que para locas,
esta es la mejor receta.
Recojamos las pelucas,
pues que no han tenida venta.
Sale Pab. Voy á ver si se ha empezado
la funcion que está dispuesta:
¿y mi hermana? *Sale Tomasa.*
Tom. Accidentada. *vase.*
Pab. Habrán tenido quimera;
ella loca, y él un tonto,
son una hermosa pareja.
¿Qué haces aquí?
Greg. Renegar.
Pab. ¿Para quién son todas esas
pelucas?
Greg. ¡Para el demonio!
Pab. ¿Para el demonio? tú sueñas.
Greg. Diga usted, ¿no son demonios
las mugeres que las llevan?
Pab. A lo menos lo parecen;
y en particular aquellas,
que llevan peluca rúbia,
teniendo las cejas negras.
¿Pero qué te ha sucedido?
Greg. Déxeme usted: ¡En la tierra
incógnita del Japon
no pasa lo que en la nuestra!
Pab. ¿Te desprecian esas maulas?
Greg. Porque no son extrangeras,
y porque las doy baratas.
Pab. ¿Quién te manda ser un bestia?
dí que son del Cairo, y
las venderás como quieras.
Greg. ¡Si en nada tengo fortuna!
Tom. Sálgase usted allá fuera,
Desde la puerta.
que ahora no sirven los ruegos.
Pab. Plañendo como una dueña,
al lado de un ataud,
Juan de buen alma se acerca.
¿Adónde vas? *Cánd.* Al desvan:
que mi señora parienta
á vivir con los ratones
por seis meses me condena.
Pab. ¿Y por qué?
Cánd. Por sus locuras.
Pab. ¿Y tú piensas complacerla?
Cánd. Yo haré quanto ella me diga,
porque no haya pelotera.
Pab. ¡Gurrumino! ¡Calzonazos!
Cánd. Si al instante se accidenta.
Pab. ¿Con que ya no habrá funcion
esta noche?
Cánd. ¡Qué ha de haberla!
Pab. ¿Quieres que la haya? *Cánd.* Yo sí.
Pab. ¿Y quién viene?
Cánd. La tenienta
coronela de milicias,
la corregidora nueva
de Simancas, la sobrina
del conde, y la baronesa
de las Folías. *Pab.* Amigo,
tan ilustre concurrencia
no ha de quedar desairada.
Dime, Gregorio, ¿conservas
todavia al oficial
que sabe dos ó tres lenguas?
Greg. Sí señor. *Pab.* Trae un tintero.
Cánd. Aquí le hay, ¿qué es lo que intentas?
Pab. Desengañar á mi hermana,
ponerte á ti en paz con ella,
volver por nuestra nacion,
y hacer que el amigo venda
á buen precio sus pelucas.
Cánd. Un San Pablo entónces fueras.
Pab. ¿Dónde vas?
Sale Tom. A despedir
á quantas visitas vengan.
Váyase usted al desvan,
porque si sale, y le encuentra,
habrá la de Dios es Cristo.
Pab. Márchese la bachillera,
y á ninguno me despida.
Tom. Aunque usted el amo fuera::-
Pab. Como yo fuera aquí el amo::-
Tom. Aguantára usted la mecha. *vase.*
Pab. Toma, y lee este papel
á tu muger, y en la tienda
del amigo te esperamos.
Cánd. Pero sepamos siquiera::-
Pab. Haga usted lo que le digo

y cuidado con la lengua. *vase.*
Cánd. El demonio es mi cuñado;
Lee para sí.
¡qué preciosa estratagema!
Ya conozco sus designios,
desde la cruz á la fecha.
¿Florentina, Florentina?
Sal Flor. ¿Quién me llama? ¿quién vocea?
Cánd. Yo que te traigo::-
Flor. No quiero:
quítate de mi presencia,
que de verte, vuelve á darme
otra vez la pataleta.
¡Qué convulsion tan terrible!
No quiero que tú me tengas.
Cánd. Tomasa.
Flor. Tampoco quiero.
Cánd. Oye este papel siquiera.
Flor. Hasta que acabes conmigo
no has de parar: ¡que me aprieta!
¡que me da!
Cánd. Monsieur de la tromperie, famoso fabricante de pelucas:::
¿Se va pasando?
Flor. Ya la convulsion me dexa.
Cánd. Acompañado del célebre naturalista colector de cabellos asiáticos, Tomás Magmut Kaulikan hace saber para utilidad y beneficio de las damas de Madrid, como ha traido un surtido muy grande de pelucas armónicas, hechas de cabellos de las mas ilustres mugeres de la antigüedad, y de las Sultanas y Esclavas mas hermosas de los Serrallos de Egipto, todas fabricadas baxo reglas físico-matemáticas, y segun las órdenes de arquitectura, jónico, corintio y compuesto. Las señoras que gustaren valerse de estos sabios profesores acudirán::-
Flor. No mas, basta. ¡Ay hijo mio!
Cánd. ¿Estás mejor?
Flor. Ya estoy buena.
¡Cándido mio, por Dios!
anda á ver si los encuentras;
y cueste lo que costáre,
quiero que esta noche venga.
No me ha de llevar ventaja
en modas la baronesa
de las Folías: ¿no vas?
Cánd. Es que primero quisiera::-
Flor. Despues, despues::-
Cánd. Ahora, ahora::-
Flor. Mono mio, como quieras.
Cánd. Quatro veces me ha abrazado.
Flor. Y te abrazaré quarenta.
Cánd. Cómo entiende mi cuñado
el busilis de las hembras. *vase.*
Flor. Me vuelvo loca, si logro
una fortuna como esta.
¿Tomasa? *Sale Tom.* Ya voy.
Flor. Despacha.
Tom. Qué embaxada será esta.
Flor. ¿Has desavisado alguno?
Tom. No señora. *Flor.* Lo sintiera,
que desde un instante á otro
se ha mejorado mi estrella.
Tom. ¿Cómo? *Flor.* Como mi marido
me ha hecho feliz. Si supieras::-
Ya lo sabrás. Si es un ángel,
un bendito, no se encuentran
maridos de su calaña.
Tom. Y no ha dos minutos que era
un pícaro, y un bribon.
Ajústeme usted estas cuentas.
¿Qué es esto?
Flor. Que paró un coche.
Ya está aquí la Baronesa
con sus amigas: alumbra:
buena noche nos espera.
Ella al principio hara burla,
porque con gorro me encuentra;
mas luego con las pelucas
asiáticas será ella.
Salen la Baronesa, Doña Dolores, Doña Rita, Doña Elena, con peynados al capricho de cada una.
Bar. Amiga, felices noches.
Flor. Ya estaba con impaciencia.
Bar. El cochero me hizo falta.
Flor. ¿Se entraria en la taberna?
Bar. El mio no prueba el vino.
Flor. ¡Qué fenómeno! debiera
publicarse en el Mercurio.
Bar. Es excepcion de la regla.
Dol. ¿Y D. Cándido?
Flor. Ha salido.

Sale Pab. ¡Qué librería tan bella
para estudiar un cartujo!
Flor. ¡Siempre vienes con simplezas!
Pab. Buenas noches.
Flor. Con tus cosas
no las tendremos muy buenas.
Pab. Pues me iré.
Dol. No haga usted caso.
Flor. ¡Jesus, Jesus, Baronesa,
qué elegante estás!
Bar. Me viste
madama de la Corneta,
modista en París, que basta.
Yo soy delicada en estas
cosas: camisas, zapatos,
cintas, abanicos, medias,
flores, y hasta los helados
que me sirven á la mesa
son de París.
Pab. ¡Lo que duran
los helados de esa tierra!
Bar. ¿Y tú te vistes allá?
Flor. Haz cuenta que sí.
Bar. No llevas
cosa que no sea digna:
¿quién te calza, que embelesa
esa punta? *Flor.* El ciudadano
Tirapie. *Bar.* Mucho se esmera
en calzarte: ¿quién te viste,
que de tanto gusto llevas
las cosas? *Flor.* Madam Culot.
Bar. ¿Qué peluquero te peyna?
Flor. ¿Me lo dices por la gorra?
te entiendo, somos fulleras,
y en las cartas de la moda
te conozco, Baronesa.
Me peynan dos profesores
asiáticos.
Rit. ¡Que simpleza! *riéndose.*
Pab. Con que ya los tienes.
Flor. Mucho.
Pab. ¡El demonio eres! ¡qué bellas
colecciones de pelucas
dicen que traen!
Flor. ¿De veras?
Sale Cánd. Ya están aquí, Florentina.
Flor. Hijito, ¿por qué no entran?
Cánd. Ahora entrarán, hijita.
Bar. ¡Muger! ¡muger!
Flor. Baronesa,
es fuerza de tiempo en tiempo
sacar fuerzas de flaqueza.
Bar. Sin embargo, ¡escandaliza
que diga una petimetra
requiebros á su marido!
Pab. Es sacrilegio, es blasfemia,
que en el siglo del buen gusto
se ame como las Ximenas
amaron.

Sale Cándido conduciendo á Borrasca de extrangero botarate, Gregorio de asiático.

Flor. Entrad. ¡Qué envidia
me tiene la Baronesa!
Pab. Con las pelucas ahora
no se armará mala gresca.
Bor. *Madam, votre servitor.*
Dol. ¡Qué atento! *Greg.* *A la zalá.*
Bor. ¡Aquí *estar* las papeletas!
Las reparte.
Flor. Y qué, ¿no traen pelucas?
Bor. *Gui, gui, madam.*
Flor. Vaya, á verlas.
Bor. *Monsiur caramañola, alon.*
Vinici. *Cánd.* Qué papeleta
tan sorprehendente. *Pab.* Sin duda,
por lo mucho que interesa
á la nacion.
Flor. ¿Quántas vienen? *Bor.* *Trua.*
Dol. No me quedo sin ella.
Bar. ¡Qué rubia! ¡Qué delicada!
Bor. *Ser tre gioli*: mi cólega
é mua estamos dedicados
á esta trop dificil ciencia
por le honeur de le dame.
Bar. Aunque otra cosa no fuera
que la prontitud:: *Dol.* ¡Es grande!
Bar. Yo estaba en la *toaleta*
antes quatro horas, y ahora
me encuentro peynada en media.
Cánd. De que resultan tres horas
á favor de las haciendas
de la casa, de los hijos,
de la familia y la Iglesia.
Bar. Las petimetras que gastan
peluca y char no se emplean
en frioleras semejantes.
Pab. Siempre ese tiempo grangean

á favor de las amigas,
y otras visitas secretas.
Dol. Al grano: ¿de qué cabellos
esta peluca está hecha?
Bor. ¿De qué capellaja estaja?
*Greg. Estaja estaja de Reyna
Cleopatreja.*
Bor. Charman pelo.
Dol. ¿De quién es?
*Bor. De la trebella
Cleopatra.*
Pab. La verdad, ¿de dónde es?
Bor. De la galera. *ap.*
Dol. ¿Y quánto
vale?
Bor. Tres onzas.
Dol. Es barata, Baronesa.
Bar. Ya se ve.
Pab. ¡Que á estos caprichos
sacrifiquen las riquezas!
Flor. A ver otra.
Bor. Estar mas rubia,
y ademas de esto *estar* hecha,
con órden jónico.
*Greg. Estaja
de la esclavara primeja
de Beyerejo del Cayro.*
Flor. ¿De qué dice que es?
Bor. De aquella
charman esclava que á Oglou
le ha regalado la Persia.
Pab. ¿De dónde es?
Bor. De la rasura
de San Fernando. *ap.*
Pab. ¡Qué bestia!
Flor. ¿Y vale?
Bor. Quatro onzas.
Flor. Venga.
Bor. Ahora falta la *mecor*,
la *sorprendan* la perfecta,
alon, alon.
Bar. ¡Qué cabellos!
lo mismo son que las ebras
del oro.
Bor. Y estaja.
Greg. Estaja
de la Diosa Citerea,
y de su hijo *Cupidaja.*
Bor. Ser sublime y estupenda,
ser de Cupidon y Venus.
Bar. Esta me quedo con ella.
Pab. ¿De dónde es?
Bor. De Anton Martin. *ap.*
Pab. De alguna venus de aquellas.
Bar. ¿Y quánto es?
Bor. Poco dinero:
cien doblones.
Pab. Baronesa,
tómela usted, que es de balde.
Cánd. Esta es para mi parienta.
No la sueltes, Florentina.
Flor. ¿Soltarla? ¡aunque yo supiera
ir á robar el dinero!
Rit. Yo doy diez mas.
Bar. Yo quarenta.
Pab. Pujar, que para estos lances
se sacrifica una hacienda.
Rit. ¿Y para mí no hay peluca?
Greg. Pronto vendrá una remesa
de color de *cloquico.*
Flor. ¿No ve usted que estarán feas?
Cánd. ¿Cómo feas? en la calle
del Cármen, antes de ferias,
he visto una de color
de canario, que debiera
estar engarzada en oro
Flor. Pues yo quiero una como ella.
Bor. Yo le haré á usted una de
color de panza de *vieca.*
Flor. Mil gracias.
Sale Tom. Ya está el refresco
prevenido: quando quieran
se sacará.
Flor. Esto es primero
que el refresco.
Tom. En hora buena.
Cánd. Que no sueltes la peluca.
Pab. No ceda usted, Baronesa.
Bar. y Flor. Seguro está.
Bor. Alon, alon:
decarse de controversias,
y á probarse las pelucas
de la fábrica moderna.
*Vanse todos menos Tomasa, la que se
echa á reir.*

POLACA.

Tom. El mundo es una jaula
de locas y de locos,

porque en el mundo pocos
están sin delirar;
deliran por las modas,
deliran por los toros,
otros por los tesoros,
y otros por cortejar.

Sale Pab. ¡Se puede dar tal delirio!
Sale Cánd. ¡Se puede dar tal simpleza!
Los dos. Locas, locas.
Pab. ¿Qué os han dado?

Salen Borrasca y Gregorio.

Greg. Es un cargo de conciencia
todo este moton de onzas.
Pab. Duro, ya que son tan necias.

Salen Flora, Baronesa, Doña Rita y Doña Elena.

Flor. ¡Cómo están las dos!
Bar. Que rabien.
Bor. Mañana las tendrán hechas.
Greg. Bien dicen, que las mugeres
solo buscan la apariencia. *vase.*
Pab. ¡Con las pelucas egipcias
están las tres que embelesan!
¡qué hermosas! ¡qué peregrinas?
¡qué graciosas! ¡qué perfectas!
Dol. Eche usted por esa boca,
socarron de quatro suelas.
Cánd. Habla con ingenuidad:
ahora lo dice de veras.
Bar. Las que envidian nuestra dicha,
tendrán que tener paciencia.
Pab. ¿De qué eran los cabellos
de esta peluca tan bella?
Dol. De la hermosa Cleopatra.
Flor. Los de esta de la primera
Sultana del fuerte Oglou.
Bar. Y estos son de Citerea,
y de su hijo Cupidon.
Pab. Sí, ¿cuidado que no sean
de alguna tiñosa? *Flor.* Pues,
ya. *Pab.* O tísica.
Flor. ¡Qué bestia!
Pab. Si lo soy, ó no lo soy
lo ha decir la experiencia.
Dol. Claramente: ¿de quién son?
Pab. Los de usted, de la galera:
los de usted, de San Fernando;
y los de la Baronesa
son de Anton Martin.
Las tres. ¡Ay qué asco!
malditas mil veces sean
las pelucas!

Se quitan las tres pelucas y las tiran, quedándose pelonas. Todas se rien de ellas, haciendo el mayor desprecio.

Cánd. El tabló
tambien es á la francesa:
mugeres, vuestras locuras,
mirad hasta dónde llegan.
Flor Mirad hasta dónde alcanza,
maridos, vuestra indolencia.
Pab. Esa china, camarada,
échese en la faltriquera.
Cánd. Seria ser mas que bruto
sino me sirviese de ella.
Bar. ¿Quién es ese Kaulikan?
Sale Greg. El que vuestros pies besa.

Sin disfraz.

Flor. ¡Qué yo me vea burlada!
Bar. ¡Qué de este modo me vea!
Greg. Aquí tienen su dinero:
á ser mas cautas aprendan,
y honrar mas los españoles.
Pab. Quanto hay que decir encierra
esa palabra: ¡oxalá
que á todos les quede impresa!
Bar. Vamos al refresco. *Pab.* Vamos,
porque ya es tarde; y la idea
merezca perdon á todos,
ya que deleytando enseña.

VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,

AÑO 1816.

Se hallará en la misma imprenta, frente el horno de Salicofres; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Saynetes y Unipersonales.